

de los habitantes se acerca á la tercera parte. Todos los jornaleros toman lá determinación de refugiarse á las pequeñas ciudades. Hay muchas aldeas en que todo el mundo abandona el lugar. Hay muchas de mis parroquias que deben tres años de contribución, pero lo que siempre va en aumento son las violencias... Los recaudadores de la contribución y del fisco hacen cada año gastos por una mitad más de lo que importan sus impuestos. Vino un delegado á la aldea en que tengo mi casa de campo, y dijo que á esta parroquia este año se le había de aumentar considerablemente el cupo, que en ella había observado que los labradores iban más en grande que otras veces, que había visto al paso varias puertas con plumaje de volatería, que, por consiguiente, se comía y se vivía bien, etc. Hé ahí lo que descorazona al labrador, hé ahí lo que causa la desgracia del reino.» «En la comarca en que estoy oigo decir que el matrimonio y la procreación mueren absolutamente en todas partes. En mi parroquia, que tiene pocas familias, hay más de treinta muchachos y muchachas más que casaderos y no se efectúa matrimonio alguno, y no depende ello de su voluntad. Se les excita para que se casen y contestan que no vale la pena de traer al mundo desdichados como ellos. Yo mismo he tratado de casar algunas doncellas auxiliándolas para ello, y me han dado todas igual contestación como si todas se hubiesen puesto de acuerdo» (1). «Uno de mis curas me escribe que siendo el más viejo de la provincia ha visto muchas cosas y excesivas carestías de trigo, pero que no recuerda una miseria tan grande (ni en 1709) como la de este año... Varios señores de Turena me han dicho que queriendo emplear á los habitantes en faenas agrícolas á jornal, estos están tan débiles y son tan pocos que no pueden utilizar sus brazos.»

Los que pueden irse se van. «Una persona del Languedoc me ha dicho que muchos labradores abandonan esta provincia para refugiarse en el Piamonte, Saboya ó España, horrorizados y atormentados por la persecución de la administración del diezmo. Los alcahaleros lo venden todo, lo embarcan todo como húsares en campaña y hasta con mayor avidez y maldad para lucrar ellos mismos.» «He visto un intendente de una de las mejores provincias del reino, quien me ha dicho que en ella ya no se encontraban arrendatarios, que los padres preferían mandar á sus hijos á las ciudades, que la vida del campo se hacía cada vez una vida más terrible para sus habitantes. Un hombre instruído en mate-

(1) De Argenson

ria de hacienda, me dijo que este año habían salido más de doscientas familias de Normandía, temiendo la recaudación en sus aldeas.» En París «hormiguean los mendigos; no se puede detener en una puerta sin que diez pordioseros se acerquen dejando oír sus clamores. Dicen que todos son habitantes del campo, que no pudiendo ya permanecer en él por las vejaciones que experimentan, vienen á refugiarse en la ciudad, prefiriendo la mendicidad al labreo.» Sin embargo, el pueblo de las ciudades no es mucho más feliz que el del campo. «Un oficial, cuya tropa está de guarnición en Mezières, me ha dicho que el pueblo es allí tan pobre, que así que se servía la comida de los oficiales en la mesa común, el pueblo se echaba encima y la arrebatava.» Hay más de 12.000 obreros mendigando en Rouen, otros tantos en Tours, etc. Cuéntanse más de 20.000 de esos obreros que se han expatriado en el espacio de tres meses para dirigirse á España, Alemania, etc. En Lyon hay más de veinte mil obreros en seda á quienes se ha prohibido la salida; se les vigila por temor de que pasen al extranjero.» En Rouen, según Floquet, y en Normandía, «los más acomodados se ven en apuros para obtener el pan necesario á su subsistencia; la generalidad del pueblo carece absolutamente de él, y por no morir de hambre se ve reducido á alimentarse con cosas que horrorizan. Hasta en París, escribe de Argenson en 26 de Noviembre de 1751, sé que el día en que el Delfin y la Delfina fueron á Nuestra Señora de París, pasando por el puente de la Tournelle, había más de dos mil mujeres reunidas en aquel distrito que les gritaron: «¡Dadnos pan ó nos morimos de hambre!» Uno de los vicarios de la parroquia de Santa Margarita asegura que perecieron de miseria más de 800 personas en el barrio de San Antonio desde el 20 de Enero al 20 de Febrero; que los infelices morían de frío y de hambre en su buhardilla, y que los sacerdotes llamados sobrado tarde llegaban para verles morir sin que hubiese remedio alguno.» Si contara los motines, las sediciones de hambrientos, los saqueos de almacenes, no acabaría nunca: estos son los sobresaltos convulsivos de una criatura extenuada; ayunó tanto como pudo; al fin el instinto se rebela. En 1747, según de Argenson, «hay revueltas graves en Tolosa para pan; en Guyenne las hay á cada mercado.» En 1750 en Bearn se reúnen de seis á siete mil hombres detrás de un río para resistir á los comisionados; dos compañías del regimiento de Artois hacen fuego sobre los revoltosos y matan una docena de ellos. En 1752 en Rouen y las cercanías dura tres días una sedición; en el

Delfinado y en Auvernia los villanos reunidos fuerzan los graneros y toman el trigo al precio que quieren; en el mismo año en Arles dos mil labradores armados van á pedir pan á la casa de la villa y son dispersados por los soldados. En la sola provincia de Normandía encuentro que hubo sediciones en 1725, 1737, 1739, 1752, 1764, 1765, 1766, 1767, 1768 y siempre con motivo del pan. «Caseríos enteros, escribe el Parlamento, carecen de lo más necesario para la vida, obligándoles la necesidad á reducirse á los alimentos de las bestias. Dos días más, y Rouen se hallaba sin provisiones, sin grano y sin pan.» Por eso la última insurrección es terrible, y esta vez también el populacho, dueño de la ciudad por espacio de tres días, saquea todos los graneros públicos y todos los almacenes de las comunidades. Hasta el fin, y más todavía en 1770 en Reims, en 1775 en Dijon, Versailles, Saint-Germain, Pontoise y París, en 1772 en Poitiers, en 1785 en Aix en Provenza, en 1788 y 1789 en París y en Francia toda, veréis explosiones parecidas, que pueden leerse en la *Correspondencia por Metra*, y en el *Gobierno de Normandía*, de Hippeau. Verdad es que en tiempo de Luís XVI el gobierno se suaviza, los intendentes son humanos, mejórase la administración, la contribución se hace menos desigual, la prestación personal se aligera transformándose, en una palabra, la miseria es menor. Y, sin embargo, todavía es mayor de lo que la naturaleza humana puede soportar.

Recorred las correspondencias administrativas de los últimos treinta años que preceden á la Revolución, cien indicios os revelarán un sufrimiento excesivo, hasta en aquellos casos en que no se convierte en furor. Para el hombre del pueblo, labrador, artesano, obrero, que vive con el trabajo de sus brazos, la vida es visiblemente precaria; tiene exactamente lo más preciso para no morir de hambre, y más de una vez eso le falta aún, como puede verse en las *Actas de la Asamblea provincial de Baja Normandía*, p. 151. Aquí, en cuatro circunscripciones electorales «los habitantes casi no se mantienen más que de maíz,» y habiendo faltado las manzanas de unos cinco años acá, no tienen otra bebida que el agua. Allá, en las comarcas vitícolas, los viñadores se ven todos los años reducidos en su mayor parte á mendigar su pan durante la mala estación.» En otras partes, muchos obreros jornaleros y peones, habiéndose visto obligados á vender sus efectos y sus muebles, mueren de frío; la insuficiente y mala sana alimentación ha generalizado las enfermedades, y en dos circunscripciones electorales cuéntanse treinta y cinco mil pobres de solemnidad; todo lo

cual es de ver en las cartas del señor de Crosne, intendente de Rouen, del señor de Blossac, intendente de Poitiers, del señor de Villeneuve, intendente de Bourges, del señor de Cypierre, intendente de Orleans, del señor de Maziron, intendente de Moulins, y del señor Dupont, intendente del mismo distrito. En un cantón apartado, los labradores siegan las mieses verdes aún y las secan al horno porque su hambre no puede aguardar más. El intendente de Poitiers escribe que: «Así que se abren los talleres de caridad se precipita en ellos un número extraordinario de pobres cualesquiera que hayan sido los cuidados que se hayan tomado para reducir los precios y no admitir al trabajo sino á los más necesitados.» El intendente de Bourges observa que gran número de colonos han vendido sus muebles, que «familias enteras han pasado dos días sin comer» que en muchas parroquias los hambrientos guardan cama la mayor parte del día para no padecer tanto. El intendente de Orleans anuncia «que en Sologne, varios infelices unidos han quemado las maderas de su cama, y otros, sus árboles frutales» para preservarse del frío, y añade: «Ninguna exageración hay en esta pintura, el grito de la necesidad no puede pintarse, se necesita mirar de cerca la miseria del campo para formarse una idea de ella.» De Riom, de la Rochela, de Limoges, de Lyon, de Montauban, de Caen, de Alençon, de las Flandes, de Moulins, remiten los demás intendentes noticias parecidas. Diríase que es el fúnebre doblar por los difuntos que cesa para repetirse con nueva fuerza, hasta se le oye en todas partes cuando el año no es desastroso. En Borgona, cerca de Châtillon-sur-Seine, los impuestos, los derechos señoriales, los diezmos, y los gastos de cultivo se llevan el tercio de los productos de la tierra y nada dejan al infeliz labrador que habría abandonado ya sus campos si dos empresarios suízos fabricantes de estampados no hubiesen venido á arrojar cuarenta mil francos en dinero contante y por año sobre el país.» «En Auvernia, la campiña se despuebla diariamente; muchas aldeas han perdido más de un tercio de sus habitantes desde comienzos del siglo, como puede verse en Gautier de Biauzat y en las *Actas de la Asamblea provincial de Auvernia* (1787) p. 175. «Si no se procurara aligerar la carga de un pueblo aplastado, dice en 1787 la asamblea provincial, Auvernia perdería para siempre su población y su cultivo.» En Comminges, en el momento de la Revolución, algunas comunidades amenazan con abandonar sus bienes si no se les aligeran las cargas, como asegura Therón de Montauge, en *La agricultura y las clases*

rurales en el Toulousain, 112. «Nadie ignora, dice la Asamblea de la Alta Guyena, en 1784, que la suerte de las municipalidades más gravadas es tan rigurosa que se ha visto muchas veces á los propietarios abandonar el territorio. ¿Quién no recuerda que los habitantes de San Sernín han abandonado sus bienes, hasta diez veces distintas, y todavía amenazaban volver á tomar esa triste resolución cuando á la administración recurrieron? Hace algunos años se

vió un abandono parecido, llevado á cabo por la municipalidad de Boisse, de acuerdo entre los habitantes el señor, y el diezmero de dicha comunidad,» y la deserción sería mucho mayor aún si la ley no prohibiera á los contribuyentes el abandonar una finca imposible sin renunciar al mismo tiempo á todo cuanto poseen en el mismo municipio. En el Soissonnais, según dictamen de la asamblea provincial «la miseria es excesiva.» En Gascuña «el espec-



Tienda de potes de estaño

táculo es desgarrador.» En las cercanías de Toul, el labrador después de pagado el impuesto, el diezmo y los censos, queda con las manos vacías. «La agricultura está en un estado de angustia y privación continuas en que millares de hombres, se ven obligados á vegetar penosamente.» Según el *Resumen de actas*, de Prudhomme III, 271: Hay pueblo de Normandía en que «casi todos los habitantes, sin exceptuar los arrendatarios y propietarios, comen pan de cebada y beben agua; viven como el más desventurado de los hombres para atender al pago de los impuestos que sobre ellos pesan.» En la misma provincia, en Forges «muchos desgraciados comen pan de avena, y otros salvado mojado, lo que ha ocasionado la muerte de muchos niños.» Claro es que el pueblo vive nada más que al día; le falta el pan así que la cosecha es mala. Viene una helada, un granizo, una inundación y toda la provincia no sabe ya cómo ha-

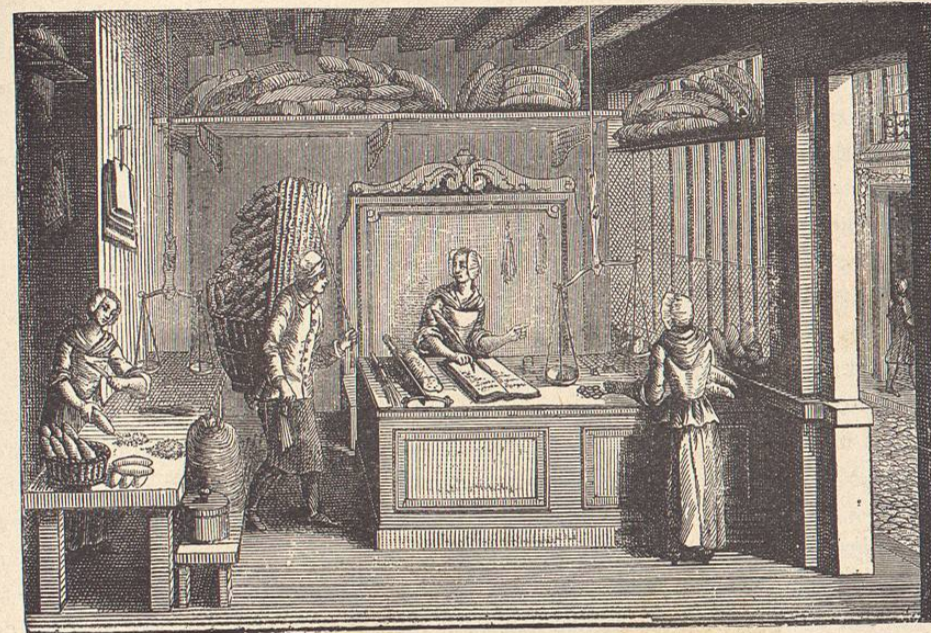
cerlo para subsistir hasta el año próximo; en muchos sitios, hasta basta el invierno ordinario para producir la angustia. De todas partes se tienden los brazos al rey que es el limosnero universal. El pueblo se parece á un hombre andando en un estanque con agua hasta la boca, y que á la menor depresión del suelo, á la más insignificante oleada pierde el pié, se hunde y se ahoga. En vano la caridad antigua y la nueva humanidad, aguzan el ingenio para ayudarle; el agua es sobrado alta. Sería necesario que bajara su nivel y que el estanque pudiera desahogarse por alguna ancha salida. Hasta entonces no podrá el desventurado respirar sino á intervalos y á cada instante correrá el riesgo de asfixiarse.

II

Entre 1750 y 1760 es cuando los ociosos que ce-

nan empiezan á mirar con lástima y alarma á los trabajadores que no comen. ¿Por qué son estos tan pobres, y por qué azar en un suelo tan bueno como el de Francia falta el pan á los que hacen crecer el grano? En primer lugar, muchas tierras están incul-tas y lo que es peor, abandonadas. Según los mejores observadores «la cuarta parte del suelo es absolutamente baldío... Los arenales y los matorrales, están en ellos reunidos la mayor parte de las veces en grandes páramos que miden cientos y miles de

aranzadas.» «Que se recorra el Anjou, el Maine, la Bretaña, el Poitou, el Limousin, la Marche, el Barry, el Nivernais, el Bourbonnais, la Auvernia, se verá que la mitad de estas provincias son matorrales que forman inmensas llanuras, todas las cuales podrían ser sin embargo cultivadas.» En Touraine, Poitou y Berry, estos matorrales son páramos de 30.000 aranzadas. En un solo cantón, cerca de Preuilly, el matorral cubre 40.000 aranzadas de buena tierra. La sociedad de Agricultura de Rennes, declara que las



Panadería

dos terceras partes de Bretaña están baldías. Ello no es esterilidad sino decadencia. El régimen inventado por Luis XIV produjo su efecto, y desde hace un siglo la tierra vuelve á su estado salvaje: «No se ven más que castillos abandonados y arruinados; todas las cabezas de partido feudal que estaban antiguamente habitadas por una nobleza acomodada, están hoy ocupadas por pobres colonos pastores, cuyo pequeño trabajo produce apenas para su subsistencia y un resto de contribución próximo á agotarse por la ruina de los propietarios y la deserción de los colonos.» En el distrito electoral de Confolens hay tierra arrendada por 2.956 libras en 1665, que sólo se arrienda por 900 en 1747. En los confines de la Marche y del Berry hay hacienda que en 1660 daba conque vivir decorosamente á dos familias señoriales y que ahora no es más que una pequeña alquería improductiva. «Se ve aún la huella de los surcos que antiguamente abría la reja del arado, en todos los matorrales de las cercanías.» La Sologne, anti-

guamente floreciente, se ha convertido en un lodazal y un bosque; cien años antes producía triple cantidad de cereales; las dos terceras partes de sus molinos han desaparecido; ya no hay vestigio de sus viñedos «los matorrales han tomado el puesto de los racimos.» Así abandonada por la azada y el arado una vasta porción del suelo dejó de mantener á los hombres, y el resto, mal cultivado, apenas si da para sus más indispensables necesidades.

En primer lugar, si la cosecha falta, este resto queda inculto; porque el colono es sobrado pobre para comprar la semilla, y muchas veces el intendente se ve obligado á repartirla, sin lo cual, al desastre del año corriente habría que agregar la esterilidad del siguiente (1). Así también, en aque-

(1) Carta de la condesa de Saint-Georges (1772) sobre las consecuencias de la helada: «Las tierras acabaran de quedar incul-tas este año, como muchas lo están ya, sobre todo, en nuestra parroquia.» Therón de Montauge, 45, 80.